

La rotura del silencio

(Imagen generada con IA)

La rotura del silencio

Víctor Atobas

Berlín de roscas júnjumas
rizos de médulas mordiendo sus propias colas
de metal alemán rótula múnich en la cabeza de la vecina
que llega hasta el llamado de mi puerta con nudillos
inflamados por el giro de la tuerca única
trágala pelambreira de angora endurecida
y ni te muevas:
¿estás loco?,
a partir de las once es obligatorio el silencio
en el edificio por ley o llamo a los agentes;
mis amigos escuchan estupefactos el dictum alemán
no sin antes haberme preguntado
durante la cena de una onza de cacao en polen
cuál es el nombre que evoco por la noche.

¿Nombre
de mujer?,
mi musa tiene más de uno
y tiemblo al pronunciarlo:
úrsula
tiemblo
úrsula
con la mandíbula en ósea castañuela
aun la cocaína de los andes es buena

como la altura de la ilusión navideña
antes de roturar la nevosa represa
erigida por el hielo gris de los reyes pocos;
el líder del grupo enseña zarpa y diente de sable
estás loco atobas
atobas estás loco
y tú, úrsula, respondes:
más loca estoy yo
con el estiramiento de las acentuaciones
intensificadas con el desprendimiento
de la blancura del vuelo de un ave de migraciones
mientras te inclinas sobre la mesa
y repites, sin que tu interlocutor responda:
más loca estoy yo.

Úrsula
musa mía
tú curas la herida
infligida por los golpes de la gélida censura,
tú curas la herida
con la rotura de la placa añil del silencio;
siempre que requiera la apertura de mi espíritu
buscaré, úrsula, tu abrazo tendido en el calor
de la palabra afín.

Otros poemas de Víctor Atobas:

El último poema a la cardeña

El mal de amores

Látigo risa perla

Mi conejo de angora

La delicia turca de tu boca

La adoración de la niña eléctrica

El delirium de lo sublime

El encuentro de mi novia con los júnjumos pitufos

Carta a los reyes magos

Cumpleaños diecisiete

Navidad en guerrilla contra la trágala patriarcal

La maestra del suspirador

El filósofo de la cardeña contra la ostra de la vampiresa

La creación de la hora

Amo quema

Quémame

Júnjuma cordura

Cuando tengo algo que decir

Suéñame

Si calla el mirlo

Un sueño que en mí repite

¿Uno de los nuestros?

Amiga paraíso

La música que escuchamos hoy en día

Contra la autoridad del ojo

Agosto en Ninguna Parte

Noche de azul suspiro

Pescadores de sueños

Kinderpolitik (o la ciencia política del huevo kinder)

Esponsales

Las memorias de mi país

Poema contra la democracia

Poema al amor trágico

Los cuatro duros

Domingo a diario

La voz de la alemania

Franco arquitecto

El but de jak

La muchacha alada

La filosofía de la trágala

La trágala fuera

Atravieso todas las trágalas

Motor prieta válvula

La autoridad se la dejo a las ratas

Soy feliz cuando llueve

Ciudad cerrada

Doble vínculo

Isla roja

El reverso de la moneda

La nave conquistadora

El mal de amores

(Imagen generada con IA)

El mal de amores

Víctor Atobas

Miel

romero

rocío

tiemblo

y rocío y rocío y rocío

tiemblo y tiemblo y rocío y tiemblo

con ígneo erizo en la piel punzada

con las mil púas llamaradas de deseo;

te busco en el centelleo de la luz aún
aún amenazada
del luciernagal porvenir...

Cuando el silencio saca pecho de mi tallo
es por el acecho del afile de la hoz trágala
martillada avena
júnjuma,
pero ya basta, amor;
ya es demasiada la siega última del sorgo
la cosecha de la hastiada planta del temor;
renuncio ahora a disimular
el hecho de que me enloqueces
pues, aunque tratara
de que mi suspiro pasara desapercibido, cualquiera
que me viera durante dos segundos se daría cuenta
de que estás incluso en mis pesadillas.

Cuando las hordas de estertores alemanes
me persiguen con tanques de metálicas orugas
dotadas con antenas esvásticas
y las soldadescas masas de tánatos
entonan mortíferas baladas disparadas
hacia la prendida yesca de mi corazón;
es entonces, amor, cuando la pesadillesca imagen
cambia
y de repente
apareces asustada
a mi lado
armada con un fusil mientras las instantáneas se suceden
en una cascada de detonaciones de plomo fotográfico;
me arrancas las espinaduras del brazo
y sanas las pasaduras de mis articulaciones
me abrazas
y sostienes los canalones de la sangre en mi pulso;
los alemanes están cerca de nosotros
pero me obligas a continuar, amor,

por el dificultoso sendero de la esperanza
hasta que, de pronto,
me despierto solo
derramando las sábanas
con el charco azul del sudor frío:
imposible ya que vuelva a dormir
durante esta noche de pesadilla
en que faltas en la cama.

El mal de amores
es una enfermedad que acepto el riesgo de contraer
sabiendo que el insomnio merece la pena con creces;
si un día
trajéramos un hijo al mundo,
no querría para nada
que fuéramos una familia americana
sentada sobre el cortinaje de la cocina
a cuadros de mazorcas pétreas
de la autoridad todo normal;
querría que jamás me dejaras en paz, amor,
que siguieras siempre en mis sueños
y en mis pesadillas de guerra total;
si un día
trajéramos un hijo al mundo,
querría que fuera de la carne
y del hueso
del alma nuestra.

Otros poemas de Víctor Atobas:

Látigo risa perla

Mi conejo de angora

La delicia turca de tu boca

La adoración de la niña eléctrica

El delirium de lo sublime

El encuentro de mi novia con los júnjumos pitufos

Carta a los reyes magos

Cumpleaños diecisiete

Navidad en guerrilla contra la trágala patriarcal

La maestra del suspirador

El filósofo de la cardeña contra la ostra de la vampiresa

La creación de la hora

Amo quema

Quémame

Júnjuma cordura

Cuando tengo algo que decir

Suéñame

Si calla el mirlo

Un sueño que en mí repite

¿Uno de los nuestros?

Amiga paraíso

La música que escuchamos hoy en día

Contra la autoridad del ojo

Agosto en Ninguna Parte

Noche de azul suspiro

Pescadores de sueños

Kinderpolitik (o la ciencia política del huevo kinder)

Esponsales

Las memorias de mi país

Poema contra la democracia

Poema al amor trágico

Los cuatro duros

Domingo a diario

La voz de la alemania

Franco arquitecto

El but de jak

La muchacha alada

La filosofía de la trágala

La trágala fuera

Atravieso todas las trágalas

Motor prieta válvula

La autoridad se la dejo a las ratas

Soy feliz cuando llueve

Ciudad cerrada

Doble vínculo

Isla roja

El reverso de la moneda

La nave conquistadora

Cumpleaños diecisiete

(Collage realizado por Víctor Atobas a partir de imágenes generadas con IA)

Cumpleaños diecisiete

Víctor Atobas

Ciertas felicitaciones
no están destinadas
sino a otro sobre terra
lux de pantalla
en cableado hipnosis
restallando sapo
zas
y no veis

la edad inocente de mi verdadero nombre:
no me llamo rival
ni contrincante
ni agresivo
ni gato siamés
ni v́ctor inútil
tampoco ladrón de novias,
sino pura y llanamente atobas;
mis apellidos no son esos
gómez que rezan los algoritmos
de los correos saqueadores
esele
factura
y arroba
punto
señalético bit mapa
arrendador;
cuánto buró ufano de ébano
para comer con el tenedor de un nombre
que no es el mío.

Otras felicitaciones
sí llegan hasta la angélica
de mi verdadero nombre
mas, amigos míos: ¿sabéis que este se halla
subyugado a las órdenes de Lawrence?

Siendo vuestro extranjero
llegado del corazón de oriente,
latiendo arabias con la lengua
mientras atravieso la galería del arterial sultán,
he de animaros a quemar belial de trágala
y vosotros os resistís
a mi tejido de antorchas voladoras
en aladín de suspiros persas:
os resistís
temiendo que, la hora que creamos juntos

entre vuestra hermosa cardeña
y mi duna cálida de arena cantarina,
marche demasiado
arracha
aprisa;
teméis que la bestia de nuestro enemigo me venza
pero es que no me habéis visto
todavía
todavía;
pero ya me veréis, ya
enfrentándome a las euménides más terribles
a lomos de un delfín suicida
en la odisaica infinita de un pez celeste;
os juro que veréis a la júnjuma a mis pies
rogando festín de ostra engrisadera
sin lograr de mí
más que una sonrisa de niño filósofo,
veréis cómo sonrío entonces;
pero, ahora,
ahora necesito que escuchéis
este suspiro de cumpleaños diecisiete
con el que os pido asiento de xilófono
flauta de cava
seda de espuma
y remanso de paz
para curarme, junto a vosotros,
del raudo temblor de la nuez
que en seguida entra en remolino
de garganta enbucle.

El año que viene
diremos cómo
cómo fue posible
ese remolino cascarón
de tembloroso fruto entre nosotros
y nos alegremos por la nueva situación;
el año que viene,

a nuestra creada hora...

Otros poemas de Víctor Atobas:

Navidad en guerrilla contra la trágala patriarcal

La maestra del suspirador

El filósofo de la cardeña contra la ostra de la vampiresa

La creación de la hora

Amo quema

Quémame

Júnjuma cordura

Cuando tengo algo que decir

Suéñame

Si calla el mirlo

Un sueño que en mí repite

¿Uno de los nuestros?

Amiga paraíso

La música que escuchamos hoy en día

Contra la autoridad del ojo

Agosto en Ninguna Parte

Noche de azul suspiro

Pescadores de sueños

Kinderpolitik (o la ciencia política del huevo kinder)

Esponsales

Las memorias de mi país

Poema contra la democracia

Poema al amor trágico

Los cuatro duros

Domingo a diario

La voz de la alemania

Franco arquitecto

El but de jak

La muchacha alada

La filosofía de la trágala

La trágala fuera

Atravieso todas las trágalas

Motor prieta válvula

La autoridad se la dejo a las ratas

Soy feliz cuando llueve

Ciudad cerrada

Doble vínculo

Isla roja

El reverso de la moneda

La nave conquistadora

La muchacha alada

La muchacha alada

Víctor Atobas

Sentado sobre las frágiles maderas del embarcadero
acantonado en la isla de Kanto
junto a hermosas mujeres de almas jóvenes
pájaros de plumas relucientes
y pokemones hostiles lugartenientes,
observo a la quejumbrosa júnjuma
apagándose en los momentos de novum y cambiantes
observo a los quejidos de la imperia grilla naufragar
en este tormentoso mar.

La noche se cierne ya sobre esta isla
que es novum condena de júnjuma y huevo de mar,
cuando advierto extasiado que las arenas cantan al alma
aligerada
—a la muchacha alada
que se acerca cargando con el peso de la máquina medio
liberada.

Aun no es de Cupido sino del Porvenir el juego dichoso
temo los trechos peligrosos,
se me hace difícil volar como la muchacha,
de manera que, tras volver a posarnos sobre las maderas del

embarcadero,
pregunto cómo hace ella para ser tan ligera:
*no soy como crees
en verdad soy la más pesada
pues en mis espaldas cargo no sólo con el peso de los animales
cargo no sólo con las júnjumas medio muertas de los machos
patriarcales
sino también con el deber de liberar estos flujos y engranajes
maquinales,
con que si puedo volar es por las corrientes ya mismo
presentes
que arrecian con las fuerzas de todos los pasados y todos los
futuros.*

Entonces comprendo que la muchacha alada
hace tiempo partió en mil pedazos la boca de la tragalada,
dejando de esconder su fénix plumada,
viniendo ahora a abrazarme
invitándome a que juegue de nuevo junto a ella.

Otros poemas de Víctor Atobas:

La filosofía de la trágala

La trágala fuera

Atravieso todas las trágalas

Motor prieta válvula

La autoridad se la dejo a las ratas

Soy feliz cuando llueve

Ciudad cerrada

Doble vínculo

Isla roja

El reverso de la moneda

La nave conquistadora

Donde el viento nos deje ser



Estoy arañando las paredes
desde que tiré tu nombre por la ventana
en la última discusión.

Apuesto a que tú, ya ni siquiera riegas las plantas con desgana.

Enero te está haciendo el favor de lloverlas encima.
Y el agua las llega al cuello.

Las está ahogando
y a nadie le importa.

En realidad está siendo un cabrón.
Como el final del verano lo fué.

Hay un corazón encharcado,
y a nadie le importa.

La chica del tiempo ha vuelto a predecir
temporada de lluvias torrenciales
y paraguas rotos en las esquinas de la ciudad.

Sácame de aquí y llévame a algún lugar
dónde solo estén tus manos
bailando la curva de mi cuerpo.

Donde no respiremos aire,
y sea él, el que nos respire a nosotros.

Donde el viento no empuje,
y nos deje ser.

Rebobina hacia atrás la cinta de nuestros golpes
y permítete fallar.

Permítete que duelan las caídas a cámara lenta.

No pasa nada
yo estoy aquí
no me he ido
no aún.

No aún que aún te espero.

Te miro y la boca se me hace agua



Estoy esperando ir a favor del viento.
Una se cansa de luchar constantemente contra sus miedos
como si en la vida no hubiese cosas mejores que hacer,
como conocerte.

Dejarse llevar por la corriente
sería la opción más estúpida y fácil,

Pero no, yo no quiero ser como el *agua*,
que siempre elige el camino fácil.

Yo quiero ser ráfaga de *viento*
que te corte la respiración en un callejón
o la brisa de mar que respiras
como si de repente,
no te apeteciera hacer otra cosa que ser verano.

No sé cuánto tiempo se necesita para ordenarse,
ni sé si quiero que me esperes
por si decido no volver.

Las despedidas me ponen demasiado triste
y otra vez se nos está alargando
como si nuestros vuelos
siempre saliesen con retraso.

Mira,
sabes que no hay fáciles ni difíciles,
que cuando tienes ganas de probar cosas nuevas
te da igual el miedo a equivocarte.

Y los caramelos se derriten en bocas,
y las bocas derriten lenguas
y un beso tuyo
es como surfear el comienzo
de un tsunami precioso.

Y ya me he vuelto a contradecir
porque eso es *agua*,
y yo quiero *viento*.

Escalando al cielo



Los personajes iban llegando eufóricos. Recuerdo sus risas y cómo trataba de no oírlas. Ese día estaba hastiado del mundo: otra típica crisis post-adolescente acompañada de melodías rockeras. Todo cambió cuando llegó Bastián con la su novia Johanna. Como si hubiese sido un imán, todos fueron atraídos hacia el célebre dirigente estudiantil. Bastián no tardó en hacer de las suyas:

-Hoy me puse a pensar acerca de la importancia de la escuela de Husserl en los escritos de Heidegger. De hecho, ¿no será todo el pensamiento postmoderno una abstracción fenomenológica de estos filósofos? No sé si han leído a Nietzsche pero él también de una u otra forma al hacer el estudio sobre los griegos, partió de una manera husserliana preocupándose de las percepciones individuales y secundarias en torno al objeto primario en cuestión

Lily, la hippie chic por excelencia, comenzó a

rebatirle hablando de Hanna Arendt y Sonia Montecino. Me apesté. Fui a emborracharme, a evadir mi puta vida, no a escuchar a unos engreídos bastardos. Me paré. No recuerdo si me despedí o no y me largué. Me sentía solo, atolondrado e ido. Pensé en algún amigo de verdad. Desde un teléfono público llamé a alguien de quien hacia meses no sabía nada: Víctor.

-Aló... ¿Víctor? Hola, compa, tanto tiempo, hueón. Oye, juntémonos en el centro

Su voz se notaba gastada y la fragilidad de su respuesta, extrañamente, me dio esperanzas.

-Está bien... Juntémonos en donde...en donde siempre: el Parque de los Reyes

Víctor recién había entrado a estudiar ingeniería industrial. Su vida no era como la de mis amigos borrachos y drogados. Él quería formar una familia y dedicarse cien por ciento al trabajo. Su tranquilidad y rutina era torcida cada vez que se juntaba con Luisiño y conmigo. Luisiño, eso sí, estaba en el norte. Compramos tres botellas de cerveza en el local donde siempre nos atendía un tipo extraño. Nos perdimos en un callejón al frente del parque y comenzamos a beber. De pronto, un rottweiler y su dueño, un flacuchento con cadenas colgando y una camisa floreada abierta, aparecieron a nuestro lado. Nos miró un largo rato mientras su perro nos olfateaba. Luego, se fue un tanto confundido. Entonces, decidimos ir a la plaza y terminar ahí nuestro brebaje.

-¿Crees en el más allá?- la pregunta de Víctor me llamó la atención. Sus ojos brillosos se perdieron en el horizonte.

-Tú sabes que creo en duendes, fantasmas, demonios; todo lo raro, bienvenido sea- le contesté riendo. El alcohol me ayudaba una vez más a escupir mis vacíos- ¿Por qué?

-No, es que... He tenido una vida de mierda... Ya... Ya no

tengo mundo...

-Yo tampoco. Y creo que me gusta no tenerlo. ¿A ver? ¿Por qué estás tan tristón? Apuesto a que es una mina, y si es de tu U estás cagado porque para conquistar a una hippie chic simplemente debes ser un postmoderno alternativo neokantiano expresionista documentalista fotógrafo con magíster en el extranjero, descendencia europea, experto en arte abstracto-contemporáneo y que se la pase en el barrio Lastarria, el Bellas Artes, el cine arte y además debe saber esoterismo hindú. Obvio: debe ser un comunista pop acreditado... Y quizás soldador al arco

Víctor me miró más triste aún y contestó:

-Eres muy hueón

Luego tomó de un sorbo casi la mitad de la segunda botella. Como si el alcohol hubiese quemado su alma, dijo:

-Hueón, hagamos algo loco... Estoy harto... ¡Vamos!

Su actitud me dejó dubitativo. ¿Era el Víctor?, pensé. Lo seguí. Cruzamos todo el centro de Santiago y llegamos al cerro San Cristóbal. Caminamos por la calle que le rodea. Pensé que iríamos al sector de camping El Ermitaño. No fue así. Víctor se detuvo ante una ladera del cerro y gritó. Entonces comenzó a subir como loco. Me pareció un buen juego, sólo que andaba con bototos y de escalar cerros no tenía idea. Pero vamos, pensé, hagámoslo. Al principio me fui afirmando de algunas hierbas que salían al paso. Sin embargo, más arriba, todo se hacía brutalmente arenoso. Miré hacia atrás: ¿cuántos metros iban? Apenas se veía la calle. De pronto, no pude asirme a nada firme; comencé a resbalar. Una caída significaba mi muerte y en un segundo no vi mi vida pero sí pensamientos inconexos: una botella vacía, la ventana sin cerrar, ese cuaderno de dibujos. Entonces Víctor me despertó de la agonía:

-¡Hueón, agárrate del tubo!

A mi derecha apareció un tubo oscuro milagroso. Gracias a él llegamos por fin a un lugar más llano. Me tiré al suelo acalambrado. Estuve sin poder moverme por media hora. A nuestro lado un cartel decía: "No pasar. Terreno de derrumbes". Había cientos de piedras sobre nosotros. Cuando pudimos seguir, descubrimos que estábamos perdidos. Caminamos por horas en trayectos húmedos (en el día anterior había llovido), delgados como el grosor de una cañería. Víctor estaba ido; yo, cansado.

-A este paso vamos a llegar al cielo subiendo- le dije.

Me miró con un gesto de sorpresa. De pronto, apareció un lugar de camping. Volvimos a escalar un poco y por fin hallamos la calle de regreso. Salimos por el sector de Pedro de Valdivia siendo que habíamos entrado por Pío Nono. Nos abrazamos de alegría. Me había olvidado de mis berrinches post-adolescentes. Él, en cambio, seguía triste. Ya era de noche. Cuando nos despedimos, me quiso decir algo:

-Oye, casi morimos hoy... Y... Mira... Hace tres meses... Mi mamá...

Se quedó callado. No quiso seguir hablando. Le di un abrazo fraternal. Entonces se marchó.

Para darle un fin de película a esa historia, y sentirme el típico personaje principal con su chaqueta negra apoyado en una esquina fumando, me compré un cigarro. Lo gracioso es que yo no fumo.

Amaneceres en la cicatriz



Enmudecida cicatriz,
y al tiempo profunda.
¿Qué pensarán tus pasos
sobre el alquitrán?
Tú, desafiante.
Tú, llaga que pugna.
Me crucé contigo,
hombre de silencio, niño de muerte.
Cabizbajo, con botines insultados
por los ácidos del mercado.
Engañado por sus aristas.
Engañado por tus madres negras,
de voces y pesares discretos.
Tu sombra agotada me cae,
por un instante,
como si fuera un estandarte.
Inscrita queda,
y oscurece al pasar
desiertos de pétreos silencios.
Qué importa si con ella quisiste

recordar la dignidad de las ideas,
o quizás dibujarme a mí, a tu deseo,
sobre una sábana de tiempo.

Quién fuera entonces, maestro
en la suerte de dominar
la curvatura de tus estropicios.
Quién de pintarnos con tu sombra,
cuando regresas con pensamientos
de reo entre zarzas.

Como veletas,
oxidados bajo el invierno,
persigamos todos los confines.
Sin importarnos las burlas del viento,
mientras nos empuja
y juega a confundirnos.

Algún día seré como tú,
valiente y solitario en el horizonte,
y haré guardia de amaneceres
junto a ti, en nuestro tejado.

Sin exorcismos



No necesito exorcizarte,
te quiero con todos tus demonios.
Te quiero porque dices que estoy loco
y porque me parece
que tú también debes estarlo,
alguna vez leí
que solamente los locos
son capaces de amar con locura.
No me hace falta ejecutar rituales
que modifiquen lo maravillosa que eres,
el único ritual que quiero contigo
es el que saben ejecutar
nuestros rostros acariciándose,
nuestras bocas dejándonos sin palabras.

La ciudad y los árboles



En una ciudad sin árboles, se propaga la tristeza, es tan fácil palpar el dolor.

La gente camina bajo el sol, y no hay sombras para refugiarse; primero se odia el calor y después a la ciudad. Las parejas se divorcian, los niños son maltratados, los jóvenes se unen en pandillas y se golpean. La muerte es una rutina, igual que la basura; igual que los grises, igual que los secuestros.

En una ciudad sin flores, las adolescentes se visten con menos ropa, su carne aporta la belleza; la felicidad se mide en cajas de cerveza y en preservativos usados. Nadie hace preguntas, a nadie le importa que las mujeres se embaracen cada vez más niñas, que los adultos engorden, que abunden los perros y los niños callejeros. En las calles donde no hay árboles, el ambiente se polariza: una cantina, y una iglesia; alguien reparte biblias y alguien vende su cuerpo.

En una ciudad sin árboles, los habitantes tienen pocas opciones; o buscan la eternidad, o se unen a disfrutar los momentos de la carne.